

La feria de Mora hace un siglo



Establecimiento de Manuel Muñoz Pereita, situado en la calle Ancha. (Guía Arco)

Las vivencias del pasado, en tanto en cuanto sirven para construir la historia general, como aquellas otras que centran su objetivo en un espacio más concreto, la denominada microhistoria, son materiales que se preservan bien por una normativa legal o por añoranza. Estos últimos suelen conservarse sin saber cuán útiles son para revivir actitud y proceder de nuestros antecesores. Los primeros presenta la realidad más manifiesta: o lo que es igual, todo aquello que tiene significado en el ámbito público, por ellos son testimonios que hablan a voces, exteriorizan con mucha desenvoltura los aspectos más diversos, compras, ventas, partición de herencias, reuniones municipales, defunciones, nacimientos, etc. Los segundos son documentos personales, pequeñas reliquias que conservan las familias como un recuerdo respetuoso a sus antecesores. Son los lazos indelebles que unen pequeñas historias y no oscurecen, ni aún con el paso del tiempo, porque la remembranza, el simple hecho de verlas, actúa como vínculo entre el ayer y el hoy. Un conjunto de materiales muy diversos, que abarca desde fotos, escritos, cartas o tarjetas, incluidos adornos domésticos,

a través de los cuales fluyen las vivencias, recuerdos, aflicciones, alegrías, incluso intimidades que no es adecuado que traspasen el umbral del espacio privado. Lo cierto y verdad es que son esenciales a la hora de rescatar nuestras raíces ancestrales e identitarias y de excepcional valor para reconstruir la historia más cercana.

Desde hace algún tiempo insisto a cuantas familias conozco para que busquen entre sus cosas, por si acaso guardan alguno de esos recuerdos y no le importa mostrarlos, sin que nadie lo interprete como que es una invasión a su espacio íntimo. Últimamente me han ofrecido varios paisanos documentos personales de extraordinario valor para captar el ayer con nitidez y en un amplio arco de contrastes. Son fotografías, escritos, libros contables, diplomas, medallas, láminas de santos y vírgenes, etc. Unos materiales que conservan las familias Hidalgo-García-Fogeda, Millas-Ramírez, Eusebio Camino, Emma Muñoz, Antonio Ramírez, Pepe Téllez y Felipe Veque... Mi agradecimiento para todos.

De uno de esos testimonios, bastante interesante, por cierto, voy a tratar en las siguientes líneas, no sin antes hacer un pequeño inciso para contar como llegó a mis manos. Fue de forma imprevista. Un paisano, cuya amistad me ha parecido siempre entrañable, me facilitó hace casi una década unos folios mecanografiados donde se relataban hábitos y tradiciones habituales en nuestro pueblo a finales del siglo XIX. Comprendí, en una primera ojeada, lo interesante que podía ser aquel ramillete de vivencias donde quedaba reflejada unas variopintas vivencias cotidianas. No conocía quien pudo ser su autor, así que guardé esos folios a la espera de descubrir ciertos pormenores sobre su redactor. Al cabo del tiempo, supe que se llamó Virgilio Muñoz Ruiz-Tapiador. Nació en Mora el año 1887, estuvo casado con Consuelo Villares Fernández, y de esa unión canónica nacieron María, Manuel, Virgilio y José. Esta familia dejó el pueblo en 1923. El abuelo paterno tuvo una tienda de tejidos en la calle Ancha y en ella trabajaban los hijos, ante las frecuentes ausencias del progenitor, Manuel Muñoz Pereita, elegido concejal y alcalde en diversos años.

Virgilio tenía puesta su esperanza en ampliar las oportunidades para su familia. Para él buscaba mejores expectativas de futuro. Desarrolló su actividad profesional, según me comentó su nieta, en la Compañía del Metro de Madrid, una empresa constituida el 24 de enero del año 1917 como sociedad anónima mercantil de carácter privado. La primera línea ferroviaria, a modo de anécdota, sería inaugurada el día 17 de octubre de 1919 por el rey Alfonso XIII. Entró en la compañía metropolitana un 3 de julio de 1923 y en ella permaneció, como jefe de la estación de Cuatro Caminos, hasta su jubilación, el 8 de mayo de 1952.

Al salir de Mora, nuestro paisano descargó en el papel sus añoranzas. Dejó plasmado, bajo la denominación de Estampas, un arco de recuerdos y parte de un legado constructivo de mucho interés al retratar el paisaje y el paisanaje con variadas pinceladas en las que mezcló multitud de matices, sobre cómo veía a sus paisanos y cómo era su pueblo. Una de esas apreciaciones intuitivas y de notable objetividad llama la atención, sin que las demás desmerezcan, por la interrelación que tiene con la feria en honor del Cristo de la Veracruz. Describe los prolegómenos de la fiesta, el montaje de puestos y adornos, la ubicación y distribución del ferial, las atracciones o los festejos y los actos que se celebraban.

Las palabras de aquellos recuerdos quedaron escritas siguiendo este desarrollo narrativo:

«La tradicional feria de Mora se conmemoraba entre los días 14 y 18 de septiembre. Era costumbre que, semanas antes, todos los vecinos se



dedicaran a poner sus casas en orden; esto es, limpiaban todas las habitaciones, enjalbegaban las fachadas y ponían un gran esmero en tenerlo todo a punto para la feria. También es cierto que, por esas fechas, siempre había invitados y amigos que venían a pasar unos días en el pueblo. O, simplemente, acudían el día de los toros. Los sastres y las modistas tenían mucho trabajo durante las semanas previas a la festividad, pues todo el mundo quería tener un traje o un vestido nuevo para la feria. Por aquellos años, la clase trabajadora vestía

siempre igual; los hombres llevaban una blusa, azul marino, pantalón de pana, alpargatas, blancas o negras, y una faja negra. Se cogían la blusa por dentro y la faja ancha por fuera. Las mujeres solían llevar un vestido completo de lana, azul, o verde oscuro. La clase alta del pueblo se vestía en Madrid o en Toledo.

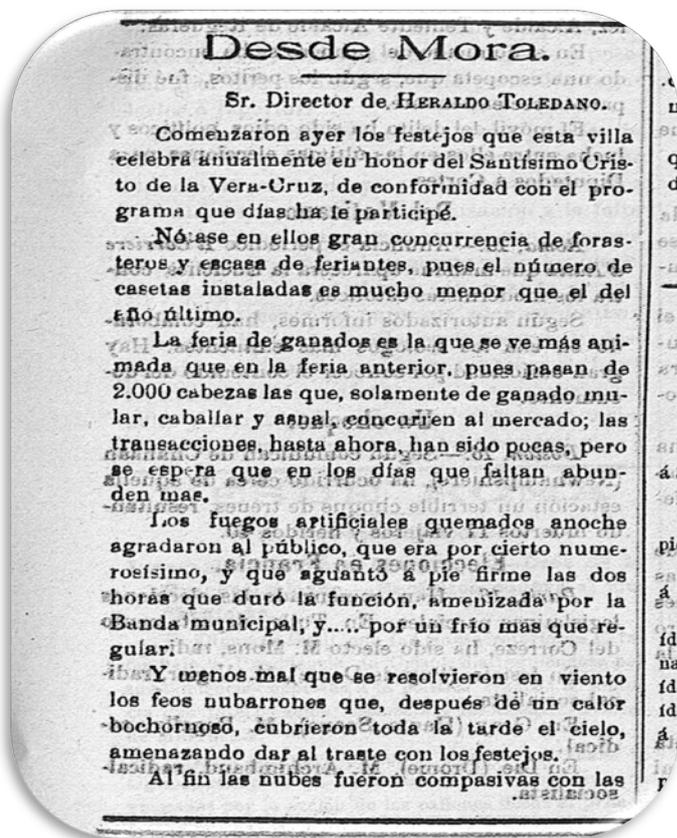
La feria, o el ferial, se instalaba en la calle Ancha, al ser esta la vía urbana más espaciosa. Ocho días antes empezaban los carpinteros, por un tanto dado y que pagaba el ayuntamiento, a construir las casetas, situándolas en las aceras, pegadas a la casas y dejando solamente libre la puerta de la casa. Estas casetas las alquilaba el ayuntamiento a los feriantes. Llegaban hasta el callejón de las Marinas, por un lado, y hasta la calle del Clavel, por el otro.

La línea de puestos empezaban al principio de de la calle. En los números pares se instalaban los puestos de confitería, pues cada uno de los confiteros de pueblo ponía su puesto en la feria. Después venían los puestos de juguetes, bisutería y platería. Enfrente, en la acera de los números impares, se colocaban los puestos de artículos de cocina y seguían, como en la otra acera, los puestos de juguetería, que eran los más abundantes, además de los de bisutería, platería, paquetería, mantas y otros artículos. En la otra mitad de la calle eran colocados los puestos de *crisobitas* (*muñecos de trapo*), así como otros con vistas fantásticas y casetas para entretener a los niños. Y, luego, se colocaban en el suelo los de sartenes, cencerros, guarniciones, botijos, etc. Estos los quitaban por la noche y volvían a ponerlos por la mañana. El horario de apertura iba desde nueve de la mañana hasta una de la madrugada. En la plaza de San Antonio se ponían los de melones, sandías y escabeche, y en la plaza del Pósito se instalaban los de churros y buñuelos. Desde esta plaza a la calle del Convento, a la de Castilnovo hasta la plaza de toros se colocaba la feria de las caballerías, donde se hacían muchos tratos de ganados asnal y mular.



El ayuntamiento establecía, tanto para vecinos como para forasteros, que eran muchos los que venían, un programa de festejos muy variado. Todos se celebraron en el ferial, adornado por tres grandes arcos, colocados a la entrada, en el centro y a la salida, los cuales estaban forrados con ramas, hojas verdes y farolillos a la veneciana. A lo largo de la calle Ancha se instalaban, cada cinco metros, postes de madera, forrados de percalina amarilla y roja y con una bandera española a final de poste. De poste a poste y pendientes de un alambre se instalaban farolillos a la veneciana de diversas formas y colores, con una vela encendida hasta que se instaló la luz eléctrica. Entonces se cambiaron los farolillos por bombillas pintadas de colores.

En el ferial se instalaban dos tribunas. Una, del ayuntamiento, para el alcalde, concejales y familia; otra, para la banda de música, que tocaba los



días 16, 17 y 18 por la noche, de ocho a diez. Como dato curioso, recuerdo que un año pusieron la tribuna de la música en medio de la calle, a gran altura, tanto que el público pasaba por debajo. No dio resultado este experimento, ya que la música no se oía bien y no se volvió a instalar de esta forma. Los festejos eran casi siempre los mismos y su programación consistía en lo siguiente:

Día 14 de septiembre.

A las seis de la mañana, diana por la banda de música. A las siete, miserere, en la iglesia. A las

ocho, luminaria por el Cristo de la Veracruz. A las diez, fuegos artificiales con asistencia de las autoridades y la banda de música. Se celebraban en las eras del paseo de las Delicias.

Día 15. A las seis de la mañana, diana. A las diez, misa mayor, en el Cristo de la Veracruz. A las cuatro, procesión. A las ocho, concierto de la banda de música, en el ferial.

Día 16. A las seis de la mañana, diana. A las diez, reparto de donativos en el ayuntamiento. A las cuatro, corrida de toros, A las diez, concierto, en el ferial.

Día 17. A las seis de la mañana, diana. A las cuatro de la tarde, cucañas en la plaza del Ayuntamiento. Algunos años había función de circo en la plaza de los toros. A las diez, último concierto de la banda de música, en el ferial.

La corrida de toros era organizada por una empresa particular, o hacerla el comerciante Zalabardo. También, por la feria, solían venir compañías de teatro que daban cuatro funciones de comedia o drama en el teatro Méndez-Núñez y, anteriormente, en el Pósito. Las entradas había que encargarlas, muchos días antes, al taquillero Callito, que era el encargado de la venta. En el casino se autoriza en estos días el juego de banca y la ruleta. Naturalmente, venían muchos forasteros a jugarse el dinero.

El ferial se veía siempre muy concurrido. El público empezaba a pasear o a comprar de diez a doce de la mañana y desde las cinco a las ocho de la tarde. Luego, a partir de las nueve de la noche y hasta la madrugada era cuando más se animaba. ! Casi no se podía andar por la calle de la gente, de tanta gente como asistían ;

El día de los toros era el de más concurrencia de forasteros. El último día de la feria, por la tarde, el alcalde autorizaba las rifas en los puestos de utensilio de cocina y, por diez céntimos la papeleta, podía tocar una cacerola, un puchero, etc. etc.

El día 18 empezaban a irse los *ferieros*. El Ayuntamiento procedía a quitar los puestos y adornos, los cuales se guardaban, generalmente, para el año siguiente. Hubo un tiempo, por espacio de entre siete y ocho años, que llovía cuando empezaba la feria, pero a pesar de ello siempre se celebraban todos los festejos”.

Hilario Rodríguez